EPOCA IV—AÑO XX BARCELONA 13 DE DICIEMBRE DE 1916 NÚMERO 330

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts. | Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00 »
» Extranjero, » . 1'50 »

¡Ellos lo quieren!

Se atribuye al conde de Romanones el propósito de tenerlo todo aprobado el día 17, para quedarle la acción expedita en el momento en que llegue la huelga general.

(La prensa diaria del día 7).

Romanones pide via libre para que le quede expedita la acción el día 18. Según se desprende del párrafo que sirve de lema a estos renglones, está enamorado de los procedimientos empleados en La Unión, Manzanares, Logroño, Puerto de Son y otras localidades y pide que le dejen la ación expedita.

¿Qué pretende el incapacitado a la par que funesto gobernante? Porque la acción expedita se la han dejado los organismos representativos del proletariado organizado, advirtiéndole, durante ocho meses, de lo peligroso que era que los buitres de la producción nacional, saciaran su sed de riquezas a costa de los trabajadores, a los que imposibilitan la vida.

En todos los tonos y de todas las maneras se le ha dicho que el proletariado no se resignaba a morir de hambre mientras los grandes detentadores de la riqueza y los miserables acaparadores de los artículos de primera necesidad realizan formidables negocios.

Y se ha llegado a más; se ha señalado al jefe del gobierno como principal responsable, por su participación más o menos directa en la elevación de precios en las subsistencias. Y esto, que debiera ser bastante para rectificar su conducta, da lugar a que un hombre, que no vale más que cualquiera de nosotros, se erija en otro Nerón, e imitando a Lacierva en su brutalidad, se lie la manta a la cabeza y lance el reto, pidiendo via libre el mismo que la ha llenado de obstáculos.

Otra vez se va a repetir la eterna historia de los gobiernos españoles, dando plomo a los que piden pan; pero lo que tal vez no se repita será el caso de que los obreros retrocedan a sus casas atemorizados por las violentas represiones a que parece que el gobierno se prepara.

Y no retrocederá porque el paro general que ha de realizarse el día 18 no es uno de aquellos movimientos impulsivos determinados por un hecho fortuito, que por su magnitud sublevan momentáneamente a las multitudes. El acto del día 18 se llevará a cabo después de agotados todos los medios para lograr equidad y justicia de los que la usurpan; después de haber llamado inútilmente a las puertas de la burguesía primero y del gobierno más tarde, al que oficialmente se le ha comunicado la decisión de exteriorizar la protesta en un día dado, sino se le atendía en sus justas demandas.

Se trata, pues, de un movimiento reflexivo, perfectamente preparado y organizado, sabiendo cada cual con quien se las tiene que haber y a lo que se expone. Y por eso, porque sabe como las gastan las autoridades, en previsión de lo que ocurrir pueda, está decidido a responder a los atropellos prolongando indefinidamente la huelga.

Las intenciones del gobierno están evidenciadas. Ahogar en sangre el movimiento más justo y más humano que puede realizarse, cual es el de vindicar su derecho a la vida.

Por primera vez han coincidido en la acción los dos organismos confederales de España, y esto ha sido posible porque están penetrados de que la unión hace la fuerza, y es sólo con la fuerza con la que se ha de conseguir favorables resultados para los trabajadores. Bien claro se ha visto ahora en las promesas y mucho más en las concesiones. Los gobiernos, que desgraciadamente tienen en sus manos la vida de los pueblos, solo están atentos a los intereses de la clase que representan y a dejar a ésta libre el camino para sus grandes negocios, y para conseguir esto no escatimarán la sangre proletaria, que para ellos no tiene ningún valor.

Pero, entiéndalo el gobierno y sépanlo de una vez sus representantes en provincias: los trabajadores sabemos a qué atenernos; la ley regulando la jornada de trabajo para el Arte Fabril, resultó una burla; las promesas hechas a los ferroviarios en sus dos huelgas, un sarcasmo; los medios propuestos para abaratar las subsistencias, un insulto indecente, pues los artículos de primera necesidad siguen elevando el precio, y la concesión de la amnistía, con ser tan pobre y raquítica, aun no se ha promulgado. El escarnio que supone este último extremo, merece que el proletariado se levante airado contra esa comandita que usufructúa el poder; pero como no es este sólo, sino que son muchos los agravios recibidos de todos los gobiernos, justo es liquidar de una vez las cuentas.

El gobierno, por boca de su presidente, pide via libre para obrar. Nosotros no la pedimos; nos la tomamos porque tenemos la fuerza suficiente para arrribar todos los obstáculos que se opongan a nuestra marcha, que debe ser triunfal, y lo será, porque así lo quieren los más y los mejores.

A la provocación contestaremos cual cumple a hombres que tienen conciencia de sus actos, y tengan presente los provocadores, que nosotros, los trabajadores, no tenemos ni un nivel ni un metro que marque el límite hasta donde hemos de llegar, sino un corazón impulsivo en el que repercuten los latigazos que dan los tiranos a los que creen sus esclavos, y un temperamento templado en las heroicidades de Espartaco, que tantas veces hizo morder el polvo a los patricios romanos.

Si, todos los trabajadores nos sentimos Espartacos en los actuales momentos, y esperamos con ansiedad la fecha señalada para el paro general, para decir a esta sociedad comanditaria de políticos y comerciantes, que a nuestras mejillas asoma el rubor de la vergüenza. al pensar cómo hemos podido soportar durante tanto tiempo la explotación y tortura a que se nos ha venido sometiendo.

Y si al contestar a las provocaciones que se nos hagan; si al contestar a la violencia con la violencia, el volcán estalla y con sus erupciones aniquila a algo que nuestros enemigos no creyeron que podríamos llegar, no se nos culpe a nosotros, porque ellos serán los únicos culpables.

Guerra sin cuartel se nos tiene declarada hace siglos y esa es la guerra que aceptaremos.

Ellos lo quieren.

Durante la lucha, seamos fuertes; que la traición y la debilidad no encuentren eco entre nosotros, para que la defensa sea proporcionada al ataque.

Ellos lo quieren.

Y si contra el deseo que anima a los organizadores de la protesta, ésta tomara carácter violento, tengamos presente que será una lucha entre trabajadores y parásitos, entre oprimidos y opresores, entre víctimas y verdugos, y que no perderemos el tiempo nombrando y admitiendo embajadas, que no darían otro resultado que debilitar nuestras fuerzas, cuando no traicionarlas.

El día 18 de diciembre puede y debe ser una fecha gloriosa en los anales de la historia del proletariado español.

Los compromisos contraídos por la Unión General de Trabajadores y Confederación Nacional del Trabajo, hacen esperar que así sea, y si ese día caen todos los chirimbolos que simbolizan explotación y tiranía, cúlpese a los hombres que ocupan el poder, porque no han querido resolver con lógica la crisis del trabajo, la cuestión de las subsistencias y la libertad de los presos por cuestiones sociales.

Ellos lo quieren; ellos piden vía libre para desarrollar sus brutales instintos. Nosotros solo habremos respondido.

***

Al entregar este artículo a las cajas leemos el siguiente telegrama que nos llena de regocijo:

«*Oviedo, 10.*—Las secciones de ferroviarios del Norte presentaron al gobernador el anuncio oficial de la huelga. Declaran que a las doce de la noche del día 17 secundarán el paro todas las líneas de la región.»

Creemos que igual procedimiento seguirán las demás secciones ferroviarias y que el acto del día 18 será una gran demostración de la capacidad progresiva del proletariado español.

También la Sociedad de Marineros y Fogoneros «La Naval», ha acordado secundar el movimiento.

Y ahora vaya un recordatorio a la frágil memoria del presidente del Consejo de Ministros:

¿Recuerda cuando siendo ministro fué en representación del gobierno a estudiar la huelga de campesinos en Andalucía?

Pues nosotros le recordaremos que a raíz de aquella visita, tal vez indignado al ver la mísera vida que arrastraban aquellos campesinos, en un momento de sinceridad exclamó:

¡Ah, si yo fuera obrero...!

Pues ha llegado la ocasión de aplicar la frase que quedó suspensa en labios del presidente del Consejo de Ministros

Los que juegan a la Bolsa y los que exigen la bolsa

Entre las noticias cablegráficas que el otro día publicaba la prensa, una de excepcional importancia llamó mi atención: la que se refería a la venta de un puesto en la Bolsa de Nueva York por la respetable suma de setenta y cuatro mil pesos.

Hablemos de la Bolsa. Y para mejor entendernos, empecemos definiendo.

La Bolsa es generalmente un edificio público, donde al amparo de la ley y mereciendo el respeto, la consideración y el aprecio de todos los ciudadanos, se reunen diariamente a horas fijas, cierto número de caballeros con el único fin de despojarse mútuamente de sus bienes, por medios lícitos, honorables y legales.

Los tales caballeros son de lo más escogido de la sociedad: opulentos banqueros, respetables negociantes, honrados agentes de cambio, diligentes corredores, activos especuladores, todos personas decentes y tan respetuosas del código, que procuran que todos sus actos de mútuo despojo, y aún de despojo del público, no traspasen los justos límites marcados por la ley augusta y soberana.

A veces movidos por la fiebre especulativa, inventan complots, hacen correr rumores de crisis, de revoluciones, de guerras, procurando sembrar la intranquilidad y la zozobra. Todo eso son maniobras lícitas, que les valen buenas ganancias y el dictado de listos.

Sucede también, aunque no tan amenudo, que para asegurar mejor la jugada, no se contentan con inventar, sino que procuran provocar por tras mano un motín, una crisis, un conato de revolución, un conflicto nacional o internacional. Todo ello, por supuesto, de modo y manera que quede a salvo su honorabilidad. Los que reciben todo el peso de la ley, son los pobres diablos que se prestan a servir de carnada.

Se dan frecuentes casos en que, de resultas de una combinación bursátil, sobrevienen quiebras, ruinas y pérdidas considerables por parte de individuos que están bien lejos de intervenir en negocios de Bolsa. El dinero de los desgraciados no se pierde: va a engrosar los caudales de los afortunados autores de la feliz combinación.

Excusado es decir que el Código nada tiene que ver con estos señores, que operan con todas las de la ley. El Código reserva todos sus rigores para los tahures de baja estofa, para los salteadores de caminos, para los atracadores, carteristas, rateros, en suma, para los que se apoderan de lo ageno con poco arte, o sin ninguno, y exponiendo de contra su libertad y su vida.

Decididamente, es preferible jugar a la Bolsa, que exigir la bolsa.

Es más seguro y más honroso el beneficio, y se tiene la seguridad de poner a salvo honor, libertad y vida.

ADRIAN DEL VALLE

La Anarquía

IV

Tiene el hombre por propiedad fundamental, necesaria, el *instinto de la propia conservación*, sin el cual ningún ser vivo existiría, y el *instinto de la conservación de la especie*, sin el cual ninguna especie se hubiera podido formar y subsistir. Se ve, pues, naturalmente impulsado a defender la existencia y el bienestar de sí mismo y de su progenie contra todo y contra todos.

Dos maneras hay en la naturaleza, para los seres vivos, de asegurarse la existencia y hacerla más y más agradable: es la primera la *lucha individual* contra los elementos y contra los individuos de la misma especie, o de especie distinta; la segunda es el *apoyo mutuo*, la *cooperación*, que puede también llamarse la *asociación para la lucha*, contra todos los factores naturales opuestos a la existencia, desenvolvimiento y bienestar de los asociados.

No trataremos de indagar aquí, ni podemos hacerlo por falta de espacio, qué parte tienen respectivamente en la evolución del reino orgánico los dos principios de la lucha y de la cooperación.

Baste hacer constar que en la humanidad la cooperación—forzosa o voluntaria—ha sido el solo medio de progreso, de perfeccionamiento, de seguridad, y que la lucha—resto atávico—ha sido absolutamente incapaz de favorecer el bienestar de los individuos y ha causado en cambio el mal de todos, vencidos y vencedores.

La experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, ha enseñado al hombre que, uniéndose a sus iguales, su conservación está mejor asegurada y su bienestar aumenta.

Así, como consecuencia de la misma lucha por la vida, sostenida contra la naturaleza circundante y contra los individuos de la misma especie, se ha desarrollado en el hombre el instinto social, que ha transformado completamente las condiciones de la existencia. Gracias a esto mismo ha podido el hombre salir de la animalidad, adquirir gran potencia y elevarse tan por encima de los otros animales, que los filósofos espiritualistas han considerado necesario inventar para él un alma inmaterial e inmortal.

Muchas causas han concurrido y contribuído a la formación de este instinto moral que, partiendo de la base animal, del instinto de la conservación de la especie, que es el instinto social limitado a la familia natural, ha llegado a su más elevado grado de intensidad y extensión y constituye el fondo mismo de la naturaleza moral del hombre.

Este, aunque descendiente de los tipos inferiores de la animalidad, débil y desarmado para la lucha individual contra las bestias carnívoras, pero con un cerebro capaz de gran desenvolvimiento, un órgano vocal apto para expresar con ayuda de varios sonidos las distintas vibraciones cerebrales, y manos adecuadas para dar forma a capricho, a la materia, debía sentir muy pronto la necesidad y las ventajas de la asociación. Así cabe decir que sólo entonces pudo abandonar la animalidad al hacerse social y adquirir el uso de la palabra, que es a la vez consecuencia y factor poderoso de la sociabilidad.

El número relativamente corto de la especie humana, haciendo menos áspera, menos continua, menos necesaria, la lucha por la existencia entre hombre y hombre, aun fuera de la asociación, debía favorecer mucho el desarrollo de los sentimientos de simpatía y dejar tiempo para que la utilidad del mutuo apoyo, se pudiese conocer y apreciar.

Por último, la capacidad adquirida por el hombre, gracias a su primitiva cualidad aplicada en cooperación con un número más o menos grande de asociados, de modificar el medio ambiente externo y adaptarlo a las propias necesidades; la multiplicación de los deseos al aumentar con los medios de satisfacerlos y convertirlos en necesidades; la partición del trabajo, consecuencia de la explotación metódica de la naturaleza en provecho del hombre, han hecho que la vida social sea el ambiente necesario del indivio, que no puede vivir fuera de él, que cae si así vive en el estado de bestialidad.

Y al afirmarse la sensibilidad con la multiplicación de las relaciones por la costumbre impresa en la especie, merced a la transmisión hereditaria en millones de siglos, esta necesidad de la vida social, de cambio de pensamientos y de afectos entre hombre y hombre, se ha convertido en una manera de ser necesaria de nuestro organismo, se ha metamorfoseado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste independientemente de las ventajas materiales debidas a la asociación, tanto, que para satisfacerlo, se afrontan mil sufrimientos y hasta la muerte.

En resumidas cuentas, las grandísimas ventajas que la asociación reporta al hombre; el estado de inferioridad física, por completo desproporcionado a su superioridad intelectual, en que se halla frente a frente de los animales dañinos; la posibilidad para el hombre de asociarse a un número siempre creciente de individuos y en relaciones cada vez más íntimas y complejas, hasta extender la asociación a toda la humanidad y a la vida toda, y principalmente la posibilidad que tiene también de producir, trabajando en cooperación con otros, más de lo que necesita para existir, y los sentimientos de afecto que de todo esto se derivan, han dado a la lucha por la vida un carácter completamente distinto de la lucha general, que tiene lugar entre los demás animales.

Por otra parte, se sabe en la actualidad—y las investigaciones de los naturalistas modernos aportan de ello más pruebas cada día—que la cooperación ha tenido y tiene en el desarrollo del mundo orgánico, una parte importantísima que no sospechaban los que se proponían justificar el reino de la burguesía por medio de las teorías de Darwin, bastante inútilmente, porque la distancia entre la lucha humana y la lucha animal, es enorme y proporcional a la distancia que separa al hombre de las bestias. Estas combaten, individualmente y más a menudo en pequeños grupos fijos y transitorios, contra toda la naturaleza, incluso los demás individuos de su propia especie. Hasta los animales más sociables, como la abeja y la hormiga, son solidarios si se encuentran en un mismo hormiguero o en una misma colmena; pero pelean o permanecen indiferentes con las demás comunidades de la especie suya. La batalla humana, en cambio, tiende siempre a ensanchar la asociación entre los hombres, a solidarizar sus intereses, desarrollar los sentimientos de amor de cada uno hacia todos los otros, a vencer y dominar la naturaleza externa con y para la humanidad.

Toda contienda encaminada a conquistar beneficios independientemente de los otros hombres y en su perjuicio, contradice la naturaleza sociable del hombre moderno, y tiende a devolverlo a su primitiva animalidad.

La *solidaridad*, es decir, la armonía de los intereses y de los sentimientos, el concurso de cada cual en el bien de todos, y el de todo en provecho de cada cual, es el estado en que el hombre puede tan sólo manifestar su naturaleza y obtener el máximo de bienestar. Esta es la meta hacia la cual camina la humana evolución; es el principio superior que resuelve todos los actuales antagonismos, entre tanto insolubles, y hace que la libertad de cada cual no halle un límite, sino un complemento y las condiciones necesarias de existencia en la libertad de los demás.

Decía Bakounine:

«Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni, por consiguiente, realizarla en vida, sino reconociéndola en los otros y cooperando a la realización de los mismos. Ningún hombre se puede emancipar como no sea emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad es la libertad de todos, porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en la idea, sino también en los hechos, más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y la sanción suya en la libertad y en el derecho de todos mis iguales.

»Mucho me importa lo que son los otros hombres, pues por independiente que parezca o me juzgue por mi posición social, aun cuando sea papa, rey o emperador, no soy más que el producto incesante de lo que son los restantes hombres entre sí. Si son ignorantes,